

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año L, número 10 (2.557)

Ciudad del Vaticano

9 de marzo de 2018

Pablo VI y Romero próximamente santos



Pablo VI saluda a los fieles reunidos en Roma



El arzobispo Óscar Romero en El Salvador en 1978

En el Ángelus la advertencia del Papa a quien aprovecha actividades buenas para cultivar intereses privados o ilícitos

Respetar el lugar de Dios

Contra «el peligro de hacer de nuestra alma, que es la casa de Dios, un lugar de mercado que viva en la continua búsqueda de nuestro interés» puso en guardia el Papa en el Ángelus del 4 de marzo. Comentando para los veinte mil fieles reunidos en la plaza de San Pedro el Evangelio del tercer domingo de Cuaresma (Juan 2, 13-25), el Pontífice denunció la tendencia difundida de «aprovechar las buenas actividades, a veces necesarias, para cultivar intereses privados, o incluso ilícitos».

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

El Evangelio de hoy presenta, en la versión de Juan, el episodio en el que Jesús expulsa a los vendedores del templo de Jerusalén (cf. Juan 2, 13-25). Él hizo este gesto ayudándose con un látigo, volcó las mesas y dijo: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (v. 16). Esta acción decidida, realizada en proximidad de la Pascua, suscitó gran impresión en la multitud y la hostilidad de las autoridades religiosas y de los que se sintieron amenazados en sus intereses económicos. Pero, ¿cómo debemos interpretarla? Ciertamente no era una acción violenta, tanto es verdad que no provocó la intervención de los tutores del orden público: de la policía. ¡No! Sino que fue entendida como una acción típica de los profetas, los cuales a menudo denunciaban, en nombre de Dios, abusos y excesos. La cuestión que se planteaba era la de la autoridad. De hecho los judíos preguntaron a Jesús: «¿Qué señal nos muestras para obrar así?» (v. 18), es decir ¿qué autoridad tienes para hacer estas cosas? Como pidiendo la demostración de que Él actuaba en nombre de

Dios. Para interpretar el gesto de Jesús de purificar la casa de Dios, sus discípulos usaron un texto bíblico tomado del salmo 69: «El celo por tu casa me devorará» (v. 17); así dice el salmo: «pues me devora el celo de tu casa». Este salmo es una invocación de ayuda en una situación de extremo peligro a causa del odio de los enemigos: la situación que Jesús vivirá en su pasión. El celo por el Padre y por su casa lo llevará hasta la cruz: su celo es el del amor que lleva al sacrificio de sí, no el falso que presume de servir a Dios mediante la violencia. De hecho, el «signo» que Jesús dará como prueba de su autoridad será precisamente su muerte y resurrección: «Destruid este santuario —dice— y en tres días lo levantaré» (v. 19). Y el evangelista anota: «Él hablaba del Santuario de su cuerpo» (v. 21). Con la Pascua de Jesús inicia el nuevo culto en el nuevo templo, el culto del amor, y el nuevo templo es Él mismo.

La actitud de Jesús contada en la actual página evangélica, nos exhorta a vivir nuestra vida no en la búsqueda de nuestras ventajas e intereses, sino por la gloria de Dios que es el amor. Somos llamados a tener siempre presentes esas palabras fuertes de Jesús: «No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado» (v. 16). Es muy feo cuando la Iglesia se desliza hacia esta actitud de hacer de la casa de Dios un mercado. Estas palabras nos ayudan a rechazar el peligro de hacer también de nuestra alma, que es la casa de Dios, un lugar de mercado que viva en la continua búsqueda de nuestro interés en vez de en el amor generoso y solidario. Esta enseñanza de Jesús es siempre actual, no solamente para las comunida-

des eclesiales, sino también para los individuos, para las comunidades civiles y para toda la sociedad. Es común, de hecho, la tentación de aprovechar las buenas actividades, a veces necesarias, para cultivar intereses privados, o incluso ilícitos. Es un peligro grave, especialmente cuando instrumentaliza a Dios mismo y el culto que se le debe a Él, o el servicio al hombre, su imagen. Por eso Jesús esa vez usó «las maneras fuertes», para sacudirnos de este peligro mortal. Que la Virgen María nos sostenga en el compromiso de hacer de la Cuaresma una buena ocasión para reconocer a Dios como único Señor de nuestra vida, quitando de nuestro corazón y de nuestras obras todo tipo de idolatría.

Al finalizar la oración mariana el Papa saludó a los fieles presentes, animando en particular a un grupo de confirmandos de Vicenza a testimoniar la fe entre los jóvenes.

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo a todos vosotros, procedentes de Roma, de Italia y de distintos países, en particular los peregrinos de las diócesis de Granada, Málaga y Córdoba, en España.

Saludo a los numerosos grupos parroquiales, entre ellos fieles de Spinaceto, Milán y Nápoles, como también los jóvenes de Azzano Mella y los chicos de confirmación de la diócesis de Vicenza, que animo, ¡animo! a testimoniar con alegría el Evangelio, especialmente entre sus coetáneos.

¡Y deseo a todos un feliz domingo! Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!



L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum. Non praevalent

Ciudad del Vaticano
ed.espanola@ossrom.va
www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
director

Giuseppe Fiorentino
subdirector
Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
vía del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO
don Sergio Pellini S.D.B.
director general

Servicio fotográfico
photo@ossrom.va
Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@dirizionesystem@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 38.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - \$ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - \$ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - \$ 240.00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

La «ternura es la «clave»» para entender al enfermo y es también una medicina valiosa para su sanación»: lo subrayó el Papa en el discurso a los miembros de la Federación italiana de profesionales de la enfermería (FNOPI), recibidos en audiencia el sábado 3 de marzo, por la mañana, en el Aula Pablo VI, en la víspera del primer congreso nacional. Al inicio de la audiencia, el Pontífice fue saludado por la presidenta Barbara Mangiacavalli.



Audiencia a los enfermeros italianos

Cercanos a los enfermos con bondad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Me complace encontraros y, antes que nada, quisiera expresar mi reconocimiento y mi estima por el trabajo tan valioso que desarrolláis hacia tantas personas y por el bien de toda la sociedad. Gracias, ¡muchas gracias!

Dirijo mi cordial saludo a la presidenta y a toda la Federación Nacional de profesiones de enfermería, representada por vosotros hoy. Aun proviniendo de una larga tradición asociativa, se puede decir que tal federación es «neonata» y está cumpliendo ahora sus primeros pasos. Su constitución, confirmada desde hace algunos días por el Parlamento italiano, destaca mejor el valor de las profesiones de enfermería y garantiza una mayor valorización de vuestra profesionalidad. Con casi 450 inscritos, formáis el orden profesional italiano más grande y representáis una referencia también para otras categorías de profesionales. El camino común que cumplís os permite no solo tener una sola voz y una mayor fuerza contractual, sino sobre todo, compartir valores e intenciones que están en la base de vuestra obra.

Es realmente insustituible el papel de los enfermeros en la asistencia al enfermo. Como ningún otro, el enfermero tiene una relación directa y continua con los pacientes, les cuida cotidianamente, escucha sus necesidades y entra en contacto con su mismo cuerpo, que se ocupa de ellos. Es peculiar el acercamiento al cuidado que realizáis con vuestra acción, haciéndolos cargo integralmente de las necesidades de las personas, con esa típica premura que los pacientes os reconocen y que representa una parte fundamental en el proceso de curación y sanación.

El código deontológico internacional de enfermería, en el que se inspira también el italiano, individúa cuatro tareas fundamentales de vuestra profesión: «promover la salud, prevenir la enfermedad, restablecer la salud y aliviar el sufrimiento» (*Introducción*). Se trata de funciones complejas y múltiples, que afectan a todas las áreas de las curas, y que se llevan a cabo en colaboración con otros profesionales del sector. El carácter tanto curativo como preventivo, de rehabilitación y paliativo de vuestra acción requiere de vosotros un alto nivel de profesionalidad, lo que requiere especialización y actualización, debido a la evolución constante de la tecnología y de las curas.

Esta profesionalidad, sin embargo, no solo se manifiesta en el ámbito técnico, sino también, y quizás aún más, en la esfera de las relaciones humanas. Al estar en contacto con los médicos y familiares, así como con los enfermos, os convertís, en

los hospitales, en las clínicas y en los hogares, en el cruce de caminos de miles de relaciones que requieren atención, experiencia y consuelo. Y es precisamente en esta síntesis de habilidades técnicas y sensibilidad humana donde se manifiesta plenamente el valor y la valía de vuestro trabajo.

Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando. De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo —y fatigoso!— esfuerzo de discernimiento y atención a cada persona. Todo esto hace de vuestra profesión una misión verdadera y propia, y de vosotros «expertos en humanidad», llamados a realizar una tarea irremplazable de humanización en una sociedad distraída, que demasiado a menudo deja en sus márgenes a las personas más débiles, y se interesa solamente de los que «valen» o cumplen con los criterios de eficiencia o de ganancia. Que la sensibilidad que adquirís estando día a día en contacto con los pacientes haga de vosotros promotores de la vida y la dignidad de las personas. Sed capaces de reconocer los límites correctos de la técnica, que nunca pueden convertirse en un absoluto y relegar la dignidad humana a un segundo plano. Prestad atención al deseo, que a veces no se expresa, de espiritualidad y asistencia religiosa, que representa para muchos pacientes un elemento esencial de sentido y de serenidad de la vida, aún más urgente en la fragilidad debida a la enfermedad.

Para la Iglesia, los enfermos son personas en las que de modo especial está presente Jesús, que se identifica en ellos cuando dice: «estaba enfermo y me visitasteis» (*Mateo 25, 36*). en todo su ministerio, Jesús estuvo cerca de los enfermos, se acercó a ellos con amor y a muchos los sanó. Al encontrarse con el leproso que le pide que le cure, extiende su

mano y la toca (cf. *Mateo 8, 2-3*). No se nos debe escapar la importancia de este simple gesto: la ley mosaica prohibía tocar a los leproso y les prohibía a ellos acercarse a los lugares habitados. Pero Jesús va al corazón de la ley, que encuentra su compendio en el amor del prójimo y tocando al leproso reduce la distancia con él, para que ya no esté separado de la comunidad de los hombres y perciba, a través de un simple gesto, la cercanía de Dios mismo. Así, la sanación que Jesús le da no es solo física, sino que alcanza el corazón porque el leproso no solo ha sido sanado sino que se ha sentido también amado. No os olvidéis de la «medicina de las caricias»: ¡es muy importante! Una caricia, una sonrisa, está llena de significado para el enfermo. Es simple el gesto, pero lo lleva arriba, se siente acompañado, siendo cercana la sanación, se siente persona, no un número. No lo olvidéis.

Estando con los enfermos y ejerciendo vuestra profesión, vosotros mismos tocáis a los enfermos y, más que cualquier otro, cuidáis de su cuerpo. Cuando lo hagáis acordaos de cómo Jesús tocó al leproso: de una manera que no fue distraída, indiferente o molesta, sino atenta y amorosa, que le hizo sentirse respetado y cuidado. Haciéndolo así, el contacto que se establece con los pacientes les da como una reverberación de la cercanía de Dios Padre, de su ternura por cada uno de sus hijos. Precisamente la ternura: la ternura es la «clave» para entender a los enfermos. Con la dureza no se entiende al enfermo. La ternura es la clave para entenderlos y también es una medicina preciosa para su curación. Y la ternura pasa del corazón a las manos, pasa por un «tocar» las heridas llenas de respeto y amor.

Hace años, un religioso me confió que la frase más conmovedora que le habían dirigido en la vida fue una de un enfermo, al que había asistido en la fase terminal de su enfermedad. «Le agradezco, padre —le había dicho— porque usted siempre me ha hablado de Dios, aunque sin nombrarlo nunca»: esto hace la ternura. He aquí la grandeza del amor que

dirigimos a los demás, que lleva escondido en sí, incluso si no lo pensamos, el amor mismo de Dios.

Nunca os canséis de estar cerca de las personas con este estilo humano y fraternal, encontrando siempre la motivación y el impulso para llevar a cabo vuestra tarea. Tened cuidado, sin embargo, de no gastaros casi hasta consumiros, como sucede si se está involucrado en la relación con los pacientes hasta el punto de hacerse absorber, viviendo en primera persona todo lo que les sucede. El vuestro es un trabajo cansado, además de estar expuestos a riesgos e involucrarse excesivamente, junto con la dureza de las tareas y los turnos, podría haceros perder la frescura y la serenidad que necesitáis. ¡Tened cuidado! Otro elemento que hace que desempeñar vuestra profesión sea laborioso y en ocasiones insostenible es la falta de personal, que no ayuda a mejorar los servicios ofrecidos, y que una buena administración no puede considerar en modo alguno como una fuente de ahorro.

Consciente de la exigente tarea que lleváis a cabo, aprovecho esta oportunidad para exhortar a los pacientes a que nunca den por descontado lo que reciben de vosotros. También vosotros, enfermos, prestad atención a la humanidad de los enfermeros que os asisten. Pedid sin exigir; no esperéis solo una sonrisa, sino ofrecedla también a quienes se dedican a vosotros. En este sentido, una anciana me dijo que, cuando va al hospital para las curas que necesita, está tan agradecida a los médicos y a los enfermeros por su trabajo, que trata de ponerse elegante y guapa para devolverles a su vez algo. Que nadie dé por sentado lo que los enfermeros hacen por él o ella, sino que alimente siempre por vosotros el sentido de respeto y gratitud que se os debe. Y con vuestro permiso, me gustaría rendir homenaje a una enfermera que me salvó la vida. Era una monja enfermera: una monja italiana, dominica, a la que mandaron a Grecia como profesora, muy culta... Pero también como enfermera vino después a Argentina. Y cuando yo, con veinte años, estaba a punto de morir, fue ella la que dijo a los médicos, incluso discutiendo con ellos: «No, esto no funciona, hay que darle más». Y gracias a estas cosas, sobreviví. ¡Se lo agradezco tanto! Se lo agradezco. Y quisiera mencionarla aquí, ante vosotros: Sor Cornelia Caraglio. Una mujer buena, valiente, hasta llegar a contradecir a los médicos. Humilde, pero segura de lo que hacía. ¡Y tantas vidas se salvan gracias a vosotros! Porque estáis todo el día allí, y veis lo que le pasa al enfermo. Gracias por todo esto.

Mientras os saludo, expreso mi esperanza de que el Congreso que celebraréis en los próximos días sea una fructífera ocasión para reflexionar, confrontar y compartir. Invoco la bendición de Dios sobre todos vosotros; y vosotros también, por favor, rezad por mí.

Y ahora, en silencio, porque sois de diversas confesiones religiosas, en silencio recemos a Dios, Padre de todos nosotros, para que nos bendiga.

¡El Señor bendiga a todos vosotros y a los enfermos a los que cuidáis!

¡Gracias!

Presentada la carta de la Congregación para la doctrina de la fe

Por qué el hombre no se salva por sí solo

Neo-pelagianismo y neo-gnosticismo: son las dos «tendencias reduccionistas que amenazan al cristianismo actual». Para reiterar que «la salvación, según el diseño de la alianza del Padre, consiste en nuestra unión con Cristo» y dar respuestas claras a estas dos tendencias, la Congregación para la doctrina de la fe ha publicado la carta *Placuit Deo* dirigida a los obispos de la Iglesia católica y dedicada a «algunos aspectos de la salvación cristiana». La presentó el jueves por la mañana, 1 de marzo, en la oficina de prensa de la Santa Sede, el obispo prefecto Luis Ladaria Ferrer y el arzobispo secretario Giacomo Morandi. La carta, explicó el prefecto citando el texto de la introducción, pretende «resaltar, en el surco de la gran tradición de la fe y con particular referencia a la enseñanza del Papa Francisco, algunos aspectos de la salvación cristiana que hoy pueden ser difíciles de comprender debido a las recientes transformaciones cultura-

través de la posesión, el poder, la ciencia o la técnica», enseña que nada de lo creado puede «satisfacer del todo al hombre, porque Dios nos ha destinado a la comunión con Él y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en Él, como escribe san Agustín». El Papa, añadió el prelado, llama a estas tendencias «neo-pelagianas» porque «tienen en común con el pelagianismo el olvidarse de la obra de Dios en nosotros».

Además, dijo, es necesario recordar que «el origen del mal no se encuentra, como enseñaban las antiguas doctrinas gnósticas y hoy en cierto modo se repropone, en el mundo material y corpóreo». De hecho, «la separación de Dios, a causa del pecado, lleva a la pérdida de la armonía entre los hombres y de los hombres con el mundo, introduciendo el dominio de la disgregación y de la muerte». Según la fe cristiana, «no solo el alma, sino también el cuerpo añora la salvación». Y para comprender más a fondo



les». ¿Cuáles son estas transformaciones culturales que «ofuscan la confesión de fe cristiana, que proclama Jesús único y universal Salvador»? El Pontífice, recordó el prefecto, en su magisterio ordinario «hace referencia a menudo a dos tendencias que se parecen, en algunos aspectos, a dos antiguas herejías». Se trata, precisamente, del pelagianismo y del gnosticismo, también «si es grande la diferencia entre el contenido histórico actual secularizado y el de los primeros siglos cristianos».

En particular, dijo monseñor Ladaria Ferrer, «en nuestros tiempos prolifera un neo-pelagianismo por el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que él depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los otros». Por otro lado, «un cierto neo-gnosticismo presenta una salvación meramente interior, encerrada en el subjetivismo». Deteniéndose en la parte antropológica y cristológica de la carta, el prelado se preguntó si hoy la salvación interesa todavía al hombre. La respuesta está contenida en la experiencia, la cual enseña que «cada hombre está en búsqueda de la propia realización y felicidad». Muy a menudo está «aspiración coincide con la búsqueda de la salud física, del bienestar económico, de la paz interior, de una serena convivencia». A este deseo positivo del bien se une después «la lucha contra todo tipo de mal: la ignorancia, la fragilidad, la enfermedad, la muerte».

Respecto a tales aspiraciones, el prefecto hizo notar cómo la fe en Cristo, «rechazando toda reclamación de auto realización neo-pelagiana a

«la gran novedad de Cristo salvador, ignorada en estas tendencias, es necesario recordar la forma en la que Jesús es Salvador». La salvación que Jesús ha llevado, de hecho, «no sucede de forma solamente interior, de forma intimista y sentimental, como quisiera la visión neo-gnóstica».

Le hizo eco el arzobispo Morandi, el cual observó cómo «la visión individualista neo-pelagiana y la meramente interior neo-gnóstica, contradicen abiertamente también la economía de los sacramentos, por medio de los cuales Dios ha querido salvar a cada persona humana». Esta última, subrayó, «se opone a las tendencias neo-gnósticas que proponen una salvación simplemente interior, entendida como liberación del cuerpo y de las relaciones concretas en las que vive la persona». Al contrario, «la verdadera salvación, lejos del ser liberación del cuerpo, incluye también su santificación». Por otro lado, quien ha encontrado a Jesús salvador es «siempre misionero y vive de una gran esperanza». Por eso, la breve conclusión de la carta «hace referencia a la dimensión misionera y escatológica de la vida cristiana». Enviada por Dios a todos los pueblos, la Iglesia «se esfuerza por anunciar el Evangelio, la verdadera nueva noticia de la salvación, a todos los hombres». Y une este anuncio con «la disponibilidad a establecer un diálogo sincero y constructivo con creyentes de otras religiones, en la confianza de que Dios puede conducir a la salvación en Cristo a todos los hombres de buena voluntad».

Caravaggio,
«La vocación
de Mateo»
(1599-1600,
detalle)

Viernes de la misericordia del Pontífice

Visita a las madres de una casa de acogida

No, ya no son «invisibles» y «descartados» los niños y niñas hijos de padres reclusos en las cárceles italianas que viven con ellos en reducidas celdas o que van a visitarles cuando se les consiente: el Papa Francisco les ha dado voz yendo a visitarles personalmente, en la tarde del viernes 2 de marzo, para abrazar a cinco de ellos, huéspedes con las madres en las Casas de Leda, en el barrio romano del Eur. Con ese lenguaje de los gestos, que vale más que mil palabras, el Pontífice dio esperanza y dignidad a cuatro mil quinientos niños que tienen a la madres en la cárceles y a los noventa mil que, en cambio, tienen al padre entre rejas. En el corazón de los cinco pequeños que viven con sus madres en la Casa de Leda permanecerá siempre ese sonido en el telefonillo: «Buenos días, soy el Papa Francisco». Y después la imagen del Pontífice sentado en un silla blanca, sonriente, que juega durante una hora con ellos en una atmósfera de familia. Sin etiquetarles rápidamente como «hijos de los detenidos» indicó Luigi Di Mauro, responsable de la casa.

Di Mauro explicó a Francisco que la estructura es una residencia confiscada al crimen organizado, que ahora aloja a cinco mujeres todavía bajo arresto con sus hijos pequeños. A estas madres, por tanto, se les reconoce la capacidad paternal y por tanto pueden proseguir el periodo de detención junto con los hijos en una casa de acogida protegida. Este tipo de estructura es la primera que ha sido preparada en Italia y por el momento es la única de este tipo.

Francisco llamó a la puerta a las cuatro de la tarde para una visita «sin ningún aviso previo». Es otra etapa de los «viernes de la misericordia», el viaje singular entre los «descartados» que el Papa emprendió durante el año santo y que continúa todavía ahora, dando precisamente voz a quien no tiene voz. Y dignidad a quien corre el peligro de que se le niegue sistemáticamente.

En la Casa de Leda el Papa llegó acompañado solo por el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización. Lo acogieron en la entrada del apartamento, con un abrazo, las cinco jóvenes madres —entre los veinticinco y los treinta años— que viven allí: tres son de etnia gitana, otra egipcia y otra italiana. Cada una con su hijo. Con ellos también el personal que les asiste.

Y enseguida Francisco se puso a escuchar confidencias, experiencias de vida de las mujeres. Pero sin dejar nunca de bromear con los pequeños, a quienes regaló grandes huevos de Pascua: regalo sencillo y muy agradecido. Tanto que los niños, dejando de lado toda formalidad, invitaron espontáneamente a Francisco a merendar con ellos.

Así, otro gracias para el Papa, sencillo y por eso auténtico, fue el expresado por las cinco madres con un pequeño don realizado en sus sencillas actividades cotidianas. Una forma, le confiaron, para corresponder la oportunidad que se las ha ofrecido para educar personalmente a sus hijos, no obstante las dificultades. Este estatus, de hecho, consiente a las mujeres tanto acompañar a los niños al colegio como prepararse profesionalmente a una plena inserción en la sociedad. Por su parte, como signo de afecto, Francisco dejó también a las madres algunos regalos entre los cuales un pergamino con su firma para recordar la visita.

Desde hace un año gestiona la Casa la cooperativa social Cecilia: así junto a las madres siempre hay trabajadores, educadores, voluntarios de la asociación «En Roma juntos». Implicadas en el proyecto también las realidades de la «Intervención de emergencia a la dificultad» y la asociación «Ain Karim». Ayudan también los llamados «puestos a prueba», imputados acusados de delitos leves que pueden enmendar la pena a través de trabajos sociales.



Pablo VI y Romero serán declarados santos

Pablo VI será proclamado santo. El Papa Francisco ha autorizado, de hecho, la promulgación del decreto relativo al milagro atribuido a la intercesión de Giovanni Battista Montini, que el mismo Pontífice había beatificado el 19 de octubre de 2014, en la conclusión de la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos dedicada a la familia.

En el curso de la audiencia con el cardenal prelado de la Congregación de las causas de los santos, el 6 de marzo, por la tarde, Francisco dio vía libre también a la canonización de Oscar Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado en 1980 mientras celebraba la misa y beatificado el 23 de mayo de 2015. Fue precisamente el Pontífice de Brescia quien eligió a Romero como pastor de la capital salvadoreña en 1977, después de haberlo nombrado auxiliar en 1970 y obispo de Santiago de María en 1974, como muestra de una relación marcada por una límpida consonancia de ideas y por la sensibilidad común pastoral, en el espíritu más auténtico del concilio Vaticano II. Montini y



el prelado tuvieron modo de encontrarse en más de una ocasión, por última vez en 1978, un mes y medio antes de la muerte del Pontífice. «Pablo VI me estrechó la mano derecha y la tuvo durante largo tiempo entre sus dos manos y también yo estreché con mis dos manos la mano del Papa» contaba en su diario el arzobispo, recordando las palabras de ánimo dirigidas por el Pontífice: «Comprendo su difícil trabajo. Es un trabajo que puede ser incomprensido y necesita mucha paciencia y fortaleza. Sé bien que no todos piensan como usted; es difícil, en las circunstancias de su país, tener tal unanimidad de pensamiento; pero vaya adelante con coraje, con paciencia, con fuerza, con esperanza».

Además de Pablo VI y Romero, serán proclamados santos también dos sacerdotes italianos —el lombardo Francesco Spinelli y el campano Vincenzo Romano— y la religiosa alemana Maria Caterina Kasper. Reconocidos también el milagro para la beatificación de la hermana paraguaya María Felicia de Jesús Sacramentado y el martirio de la laica eslovaca Anna Kolesárová, asesinada con apenas 16 años en 1944.



El arzobispo de San Salvador Oscar Arnulfo Romero



El Papa Pablo VI

El sentir del pueblo cristiano

ROBERT SARAH*

Por decisión del Papa Francisco, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha ordenado la inscripción de la memoria de la «Bienaventurada Virgen María Madre de la Iglesia» en el Calendario Romano General, con decreto del día 11 de febrero de 2018, ciento sesenta aniversario de la primera aparición de la Virgen en Lourdes. Se adjuntan al decreto los respectivos textos litúrgicos, en latín, para la Misa, el Oficio Divino y el Martirologio Romano. Las Conferencias Episcopales tendrán que aprobar la traducción de los textos necesarios y, después de ser confirmados, publicarlos en los libros litúrgicos de su jurisdicción.

El motivo de la celebración es descrito brevemente en el mismo decreto, que recuerda la madurada veneración litúrgica a María tras una mejor comprensión de su presencia «en el misterio de Cristo y de la Iglesia», como ha explicado el capítulo VIII de la *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. De hecho, el beato Pablo VI, al promulgar esta constitución conciliar el 21 de noviembre de 1964, quiso conceder solemnemente a María el título de «Madre de la Iglesia». El sentir del pueblo cristiano, en los dos mil años de historia, había acogido, de diverso modo, el vínculo filial que une estrechamente a los discípulos de Cristo con su Santísima Madre. De tal vínculo da testimonio explícito el evangelista Juan, cuando habla del testamento de Jesús muriendo en la cruz (cf. *Juan* 19, 26-27). Después de haber entregado su Madre a los discípulos y éstos a la Madre, «sabiendo que ya estaba todo cumplido», al morir Jesús «entregó su espíritu» para la vida de la Iglesia, su cuerpo místico: pues, «del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 5).

El agua y la sangre que brotaron del corazón de Cristo en la cruz, signo de la totalidad de su ofrenda redentora, continúan sacramentalmente dando vida a la Iglesia mediante el Bautismo y la Eucaristía. María santísima tiene que realizar su misión materna en esta admirable comunión, que se ha de potenciar siempre entre el Redentor y los redimidos. Lo recuerda el texto evangélico de *Jn* 19,25-34 señalado en la misa de la nueva memoria, ya indicado —junto con las lecturas de *Génesis* 3 y *Hechos* 1— en la misa votiva «de sancta Maria Ecclesiae Matre» aprobada por la Congregación para el Culto Divino en 1973, para el Año Santo de la Reconciliación de 1975 (cf. *Notitiae* 1973, pp. 382-383). La conmemoración litúrgica de la maternidad eclesial de María existía ya en las misas votivas de la editio altera del *Missale Romanum* de 1975. Después, en el pontificado de san Juan Pablo II existía la posibilidad, concedida a las Conferencias Episcopales, de añadir el título de «Madre de la Iglesia» a las Letanias lauretanas (cf. *Notitiae* 1980, p. 159); y, con ocasión del año mariano, la Congregación para el Culto Divino publicó otros formularios de misas votivas con el título de María Madre e imagen de la Iglesia en la *Collectio missarum de Beata Maria Virgine*. Se había aprobado también, a lo largo de los años, la inserción de la celebración de la «Madre de la Iglesia» en el Calendario propio de algunos países, como Polonia y Argentina, el lunes después de Pentecostés; y había sido inscrita en otras fechas tanto en lugares peculiares, como la Basílica de san Pedro, —donde se hizo la proclamación del título por parte de Pablo VI—, como también en los Propios de algunas Órdenes y Congregaciones religiosas.

El Papa Francisco, considerando la importancia del misterio de la maternidad espiritual de María, que desde la espera del Espíritu en Pentecostés (cf. *Hechos* 1,14) no ha dejado jamás de cuidar maternalmente de la Iglesia, peregrina en el tiempo, ha establecido que, el lunes después de Pentecostés, la memoria de María Madre de la Iglesia sea obligatoria para toda la Iglesia de Rito Romano. Es evidente el nexo entre la vitalidad de la Iglesia de Pentecostés y la solicitud materna de María hacia ella. En los textos de la Misa y del Oficio, el texto de *Hechos* 1, 12-14 ilumina la celebración litúrgica, como también *Génesis* 3, 9-15,20, leído a la luz de la tipología de la nueva Eva, constituida «Mater omnium viventium» junto a la cruz del Hijo, Redentor del mundo. Esperamos que esta celebración, extendida a toda la Iglesia, recuerde a todos los discípulos de Cristo que, si queremos crecer y llenarnos del amor de Dios, es necesario fundamentar nuestra vida en tres realidades: la Cruz, la Hostia y la Virgen-Cruz, *Hostia et Virgo*. Estos son los tres misterios que Dios ha dado al mundo para ordenar, fecundar, santificar nuestra vida interior y para conducirnos hacia Jesucristo. Son tres misterios para contemplar en silencio (R. Sarah, *La fuerza del silencio*, n. 57).

*Cardenal, prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

Celebración en el Calendario romano general el lunes después de Pentecostés

María Madre de la Iglesia

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO
Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

Prot. N. 10/18

DECRETO

sobre la celebración de la Beata Virgen
María Madre de la Iglesia en el Calendario
Romano General

La gozosa veneración otorgada a la Madre de Dios por la Iglesia en los tiempos actuales, a la luz de la reflexión sobre el misterio de Cristo y su naturaleza propia, no podía olvidar la figura de aquella Mujer (cf. *Gálatas* 4, 4), la Virgen María, que es Madre de Cristo y, a la vez, Madre de la Iglesia. Esto estaba ya de alguna manera presente en el sentir eclesial a partir de las palabras premonitorias de san Agustín y de san León Magno. El primero dice que María es madre de los miembros de Cristo, porque ha cooperado con su caridad a la regeneración de los fieles en la Iglesia; el otro, al decir que el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo, indica que María es, al mismo tiempo, madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de los miembros de su cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Estas consideraciones derivan de la maternidad divina de María y de su íntima unión a la obra del Redentor, culminada en la hora de la cruz.

En efecto, la Madre, que estaba junto a la cruz (cf. *Juan* 19, 25), aceptó el testamento de amor de su Hijo y acogió a todos los hombres, personificados en el discípulo amado, como hijos para regenerar a la vida divina, convirtiéndose en amorosa nodriza de la Iglesia que Cristo ha engendrado en la cruz, entregando el Espíritu. A su vez, en el discípulo amado, Cristo elige a todos los discípulos como herederos de su amor hacia la Madre, confiándosela para que la recibieran con afecto filial.

María, solícita guía de la Iglesia naciente, inició la propia misión materna ya en el cenáculo, orando con los Apóstoles en espera de la venida del Espíritu Santo (cf. *Hechos* 1, 14). Con este sentimiento, la piedad cristiana ha honrado a María, en el curso de los siglos, con los títulos, de alguna manera equivalentes, de Madre de los discípulos, de los fieles, de los creyentes, de todos los que renacen en Cristo y también «Madre de la Iglesia», como aparece en textos de algunos autores espirituales e incluso en el magisterio de Benedicto XIV y León XIII. De todo esto resulta claro en qué se fundamentó el beato Pablo VI, el 21 de noviembre de 1964, como conclusión de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, para declarar va la bienaventurada Virgen

María «Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa», y estableció que «de ahora en adelante la Madre de Dios sea honrada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título». Por lo tanto, la Sede Apostólica, especialmente después de haber propuesto una misa votiva en honor de la bienaventurada María, Madre de la Iglesia, con ocasión del Año Santo de la Redención (1975), incluida posteriormente en el *Missal Romano*, concedió también la facultad de añadir la invocación de este título en las *Letanías Lauretanas* (1980) y publicó otros formularios en el compendio de las misas de la bienaventurada Virgen María (1986); y concedió añadir esta celebración en el calendario particular de algunas naciones, diócesis y familias religiosas que lo pedían.

El Sumo Pontífice Francisco, considerando atentamente que la promoción de esta devoción puede incrementar el sentido materno de la Iglesia en los Pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana, ha establecido que la memoria de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, sea inscrita en el Calendario Romano el lunes después de Pentecostés y sea celebrada cada año. Esta celebración nos ayudará a recordar que el crecimiento de la vida cristiana, debe fundamentarse en el misterio de la Cruz, en la ofrenda de Cristo en el banquete eucarístico, y en la Virgen oferente, Madre del Redentor y de los redimidos.

Por tanto, tal memoria deberá aparecer en todos los Calendarios y Libros litúrgicos para la celebración de la Misa y de la Liturgia de las Horas: los respectivos textos litúrgicos se adjuntan a este decreto y sus traducciones, aprobadas por las Conferencias Episcopales, serán publicadas después de ser cofirmadas por este Dicasterio.

Donde la celebración de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, ya se celebra en un día diverso con un grado litúrgico más elevado, según el derecho particular aprobado, puede seguir celebrándose en el futuro del mismo modo.

Sin que obste nada en contrario.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 11 de febrero de 2018, memoria de la bienaventurada Virgen María de Lourdes.

ROBERT CARD. SARAH
Prefecto

ARTHUR ROCHE
Arzobispo Secretario

Crear en la capacidad de discernimiento espiritual

El Papa pide oración conjunta para que toda la Iglesia reconozca la urgencia de formación en el discernimiento espiritual, en el plano personal y comunitario, en sus intenciones de oración del mes de marzo. «La Iglesia hoy necesita crecer en la capacidad de discernimiento espiritual», sostiene. En su video mensual, difundido por la Red mundial de oración del Papa, Francis-

co señala la importancia de desarrollar una profunda capacidad para discernir, en los tiempos que vivimos: «discernir, de entre todas las voces, cuál es la voz del Señor, cuál es la voz de Él que nos conduce a la Resurrección, a la Vida, y la voz que nos libra de caer en la "cultura de la muerte"». Y recuerda que «necesitamos "leer desde dentro" lo que el Señor nos pide».

Ministros de la misericordia

Monseñor Nykiel presenta el curso sobre el fuero interno promovido por la Penitenciaría apostólica

NICOLA GORI

Formar sacerdotes que no sean «técnicos de lo sagrado», es decir encerrados en sí mismos en su formalismo jurídico y teológico, sino ministros de Dios y de su misericordia. Así monseñor Krzysztof Józef Nykiel, regente de la Penitenciaría apostólica, en esta entrevista a *L'Osservatore Romano* explica los objetivos del 29º curso sobre el fuero interno que se celebra del 5 al 9 de marzo en el Vaticano.

¿Cuál es el objetivo del curso?

Con el curso sobre el fuero interno, que se organiza ya desde hace veintinueve años en el tiempo de Cuaresma, la Penitenciaría apostólica desea contribuir a la formación de los nuevos sacerdotes y de los seminaristas cercanos a la ordenación a la altísima y no fácil tarea a la cual están llamados, la de administrar a los penitentes el sacramento de la reconciliación. La celebración de este sacramento requiere, de hecho, una adecuada preparación teológica, jurídica y pastoral porque, como ha dicho varias veces el Papa Francisco en la *Misericordiae vultus* «no se improvisa ser confesores». Me toca subrayar, aún así, que el objetivo del curso no es el de formar «técnicos de lo sagrado», sacerdotes encerrados en sí mismos en su formalismo jurídico y teológico, sino ministros de Dios a través de los cuales los que se acercan al confesionario puedan tocar realmente con la mano la grandeza de la misericordia divina y salir serenos y todavía más confiados en la misericordia de Dios.

¿Cuáles serán los temas tratados?

Las relaciones presentarán los temas principales de derecho canónico, teología moral y praxis pastoral que interpelan el juicio del confesor, así como todas las informaciones relativas a la competencia y a las modalidades de recurso a la Penitenciaría apostólica. Como es habitual, la semana de lecciones tendrá su culmen el viernes 9 de marzo con la audiencia pontificia al medio día, signo tangible de la atención particular del Papa por esta iniciativa, y con la celebración penitencial, por la tarde a las 17.00, presidida por el Papa Francisco en la basílica vaticana, en vista de la cual, la Penitenciaría pondrá a disposición más de sesenta confesores individuales entre los penitentes menores de las basílicas de la Urbe. A ellos se añaden el mismo cardenal penitenciario mayor, el regente, los prelados y los oficiales sacerdotes del dicasterio.

Viendo el programa de este año, destaca entre otras cosas que uno de los relatores afrontará la cuestión de la posesión diabólica. ¿Por qué esta elección?

En el discurso del año pasado, el Papa Francisco hizo referencia a la eventualidad de que los penitentes que se acercan al confesionario puedan presentar algún trastorno espiritual, si no incluso los síntomas de una posesión diabólica. La Penitenciaría apostólica, por lo tanto, aco-

giendo el estímulo del Papa, ha decidido confiar a un exorcista una conferencia sobre el tema, para dar a los confesores los instrumentos necesarios para trabajar también en este caso un primer discernimiento sobre la situación y eventualmente dirigirse a un exorcista autorizado de la diócesis.

¿Cuáles son, por tanto, las cualidades que todo buen confesor debería tener?

Constantemente el Papa Francisco indica las actitudes de acogida, proximidad y ternura que deberían guiar a los ministros consagrados en su actuar pastoral sobre el modelo del Padre misericordioso. Retomando las indicaciones dirigidas a los

verdadero rostro de Dios. Él deberá discernir, en el breve diálogo que establece con el penitente, qué sea necesario anunciarle para la maduración de su camino espiritual: ¡es una obra que puede hacer realmente mucho bien!

¿Qué rol juega el sacramento de la reconciliación en la vida espiritual y en el discernimiento vocacional de los jóvenes?

Desde que el Papa Francisco anunció que la 15ª Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, en programa el próximo octubre, tendría como tema «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», la Penitenciaría apostólica se ha com-

la misericordia está constantemente presente en sus intervenciones?

La remisión de los pecados es la misión principal confiada por Jesús a sus discípulos: «Como el Padre me envió, también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» se lee en el capítulo 20 del Evangelio de Juan. En el origen de tal mandato se encuentra la voluntad de Dios, que desea que todos los hombres sean salvados y alcancen la felicidad eterna. Poniéndose en continuidad con el magisterio de la Iglesia, el Papa Francisco ha sabiamente indicado y siempre confirmado, desde los primeros días de su pontificado, cómo la misericordia di-



participantes de año pasado, él ha señalado tres aspectos en particular. Sobre todo, el buen confesor como verdadero amigo de Jesús buen pastor debe cultivar un ministerio de la reconciliación «vendado de oración», oración con el Señor por el don de la caridad pastoral y oración por los fieles que se ponen a la búsqueda de la misericordia de Dios. Oración además para implorar el don de un corazón herido, consciente de ser él mismo el primer pecador y el primer perdonado y capaz de comprender como consecuencia las heridas de los otros. En segundo lugar, el buen confesor es hombre del Espíritu, hombre de discernimiento y de compasión. El Papa ha recordado que el sacerdote es así llamado a la escucha humilde de la voluntad de Dios porque, en la celebración del sacramento de la penitencia, no es padrón, sino ministro, es decir, siervo. Finalmente, el buen confesor es también un evangelizador, porque no hay evangelización más auténtica que el encuentro con la misericordia,

prometido a dar la propia contribución a la reflexión eclesial, insistiendo en el rol central de la reconciliación en el desarrollo de la fe y en el discernimiento espiritual de los jóvenes cristianos. No olvidamos que el mismo Jorge Mario Bergoglio, cuando tenía 17 años, advirtió así con tanta intensidad la presencia amorosa de Dios durante una confesión: precisamente en esa ocasión entendió que el Señor lo llamaba a la vida religiosa en la Compañía de Jesús. Entrando por tanto en este contexto, el cardenal Mauro Piacenza, penitenciario mayor, ha elegido inaugurar los trabajos del próximo curso precisamente con una *lectio magistralis* sobre el tema: «La confesión y el discernimiento vocacional». Además, anticipo que la Penitenciaría apostólica organizará en los días 26 y 27 de abril un congreso pastoral sobre el argumento.

Dentro de pocos días se celebrará el quinto aniversario de la elección del Papa Francisco. ¿Por qué el tema de

vina es el corazón latente del Evangelio, es más, la esencia misma de Dios. Cada confesor tiene la altísima responsabilidad de ser imagen visible de la invisible misericordia de Dios, «canal de alegría para el fiel» que «después de recibir el perdón, ya no se sienta oprimido por las culpas, sino que guste la obra de Dios que lo ha liberado» como dijo el Papa a los participantes del curso sobre el fuero interno en la audiencia del 4 de marzo de 2016. Como el papá bueno, cuando el hijo adolescente ha cometido un error, elige el camino del diálogo dándole confianza, así hace Jesús con nosotros pecadores. Y es esto lo que cambia nuestro corazón. «El Señor nunca se cansa de perdonarnos: ¡nunca!». Esta verdad reiterada tantas veces por el Papa ha ayudado y está ayudando a muchos fieles en el mundo a realizarse y a retomar de nuevo el camino. Recibimos muchos testimonios de auténticas conversiones de fieles que han hecho tesoro de estas palabras del Pontífice.

La homilía del Pontífice

Misa en Santa Marta

Conversión del pensamiento

«Convertir el pensamiento», además «de las obras y los sentimientos» en la convicción de que «la fe no es un espectáculo»: esta es la sugerencia propuesta para la Cuaresma por el Papa Francisco, en la misa celebrada el lunes por la mañana, 5 de marzo, en Santa Marta. Porque, afirmó, «es importante no solo lo que yo pienso, sino cómo pienso».

«En este tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión, hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre la conversión del pensamiento» hizo notar en seguida el Pontífice. Sí, «también el pensamiento debe convertirse: no por lo que piensa solamente, sino por cómo piensa». Y precisamente así «también el estilo del pensamiento debe convertirse».

Además, afirmó Francisco, «la Iglesia nos dice que nuestras obras deben convertirse y nos habla del ayuno, de la limosna, de la penitencia: es una conversión de las obras». Se trata en concreto, reiteró el Papa, de «hacer obras nuevas, obras con el estilo cristiano, ese estilo que viene de las bienaventuranzas» así como lo presenta Mateo en el capítulo 25 de su Evangelio. Es necesario, por tanto, aplicar en nuestra vida el estilo de las Bienaventuranzas.

Pero «la Iglesia nos habla también de la conversión de los sentimientos» explicó Francisco, porque «también los sentimientos deben convertirse: pensemos por ejemplo en la parábola del buen samaritano» que nos llama a «convertirse a la compasión».

«Sentimientos cristianos» por tanto, afirmó el Papa, junto a «conversión de las obras, conversión de los sentimientos, pero hoy» la Iglesia «nos habla de la “conversión del pensamiento”: no de lo que pensamos sino también de cómo pensamos, del estilo del pensamiento». Y así conviene preguntarse a sí mismos: «¿Yo pienso con un estilo cristiano o con un estilo pagano?».

Y precisamente «este es el mensaje que hoy la Iglesia nos da» hizo presente el Pontífice, refiriéndose a las «dos historias» propuestas por la liturgia que «nos ayudan a entender. En primer lugar, explicó recorriendo el pasaje bíblico tomado del segundo libro de Reyes (5, 1-15), está «Naamán el siro que va donde Eliseo para ser sanado», pero «cuando escucha lo que el profeta le dice que haga, se enfada, se desdena y quiere volver sin hacerlo» diciendo «pero es una broma, este se burla de mí, donde nosotros hay ríos más bonitos que este Jordán». Y, explicó Francisco, «serán los siervos, que tienen un sentido de la realidad muchas veces más adecuado, quienes le dicen “haz la prueba”» de sumergirse siete veces en el río Jordán para curar la lepra.

La cuestión, afirmó el Papa, es que Naamán «esperaba el espectáculo, pensaba que Dios vendría solamente en el espectáculo y, dentro del espectáculo» se esperaba también «la sanación». Se lee de hecho en el pasaje bíblico que a las palabras de Eliseo, «se irritó Naamán y se marchaba diciendo “yo que había dicho: ¡Seguramente saldrá, se detendrá, invocará el nombre de Yahveh su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra”».

Pero «el estilo de Dios es otro: sana de otra manera» advirtió el Pontífice. Y se «debe aprender a pensar en un nuevo estilo», se «debe convertir la forma de pensar».

«Lo mismo sucede con Jesús» explicó Francisco haciendo referencia al pasaje evangélico de Lucas (4, 24-30): «Jesús vuelve a Nazareth, va a la sinagoga y, como era costumbre, le ofrecen el libro para leerlo y él lee ese pasaje de Isaías y termina diciendo: “Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”».

En particular, afirmó el Papa, «el texto antes de ese de hoy, la parte que viene antes, dice que la gente lo miraba, estaba sorprendida —«¡qué bonito, lo que ha dicho, qué bonito!»— estaba contenta». Pero, prosiguió, «no falta nunca un charlatán que ha empezado a decir “pero este, este es hijo de un carpintero, ¿qué nos enseña? ¿En qué universidad ha estudiado?» — «Sí, es el hijo de José». Y así, dijo Francisco, «empezaron a cruzarse las opiniones y cambia la actitud de la gente: quieren matarlo». Se pasa «de la admiración, del estupor, a las ganas de matarlo».

El hecho, prosiguió el Papa, es que «también estos» que estaban en la sinagoga de Nazareth «querían el espectáculo» de Jesús y de hecho decían «pero que haga milagros, lo que dicen que ha hecho en Galilea, y nosotros crearemos». Es así, sin embargo, que Jesús explica las cosas: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria».

En realidad, hizo presente el Papa, «a nosotros nos cuenta decir que alguno de nosotros puede corregirnos: debe venir



uno con el espectáculo, a corregirnos». Pero «la religión no es un espectáculo, la fe no es un espectáculo: es la palabra de Dios y el Espíritu Santo que actúa en los corazones».

«La Iglesia hoy nos invita a cambiar la forma de pensar, el estilo de pensar» insistió el Pontífice. Tanto que «tú podrás recitar todo el Credo, también todos los dogmas de la Iglesia, pero si no lo haces con el espíritu cristiano no sirve de nada». Porque «no solo es importante lo que yo pienso, sino cómo pienso». Y entonces, sugirió Francisco, preguntémonos «con qué espíritu yo pienso: ¿con espíritu cristiano o con espíritu mundano?». Y «el mismo pensamiento tiene un valor más bien diverso si está de una parte o de la otra».

De ahí la importancia de la «conversión del pensamiento», del «pensar de cristiano». Y «el Evangelio está lleno de esto»: por ejemplo «cuando Jesús continuamente dice “se os ha dicho esto, pero yo os digo esto” cambia el estilo de pensamiento». Lo mismo «cuando dice al pueblo, hablando de los doctores de la ley, “haced todo lo que ellos os dicen, pero no lo que hacen; creed en todo lo que os enseñan, pero no en la forma de creer que ellos tienen”». Precisamente esta es «la conversión del pensamiento».

En realidad, reconoció Francisco, «no es habitual que nosotros pensemos de esta manera» y por esta razón «también la forma de pensar, la forma de creer debe ser convertida». Concretamente el Papa propuso algunos interrogantes para plantearse a sí mismo: «¿Con qué espíritu pienso? ¿Con el espíritu del Señor o con el espíritu propio, el espíritu de la comunidad a la cual pertenezco o del grupo o de la clase social a la que pertenezco o del partido al que pertenezco? ¿Con qué espíritu pienso?». Y así, verificando «si yo pienso realmente con el espíritu de Dios, pedir la gracia de discernir cuando pienso con el espíritu del mundo y cuando pienso con el espíritu de Dios». Y por esto, concluyó Francisco, es importante pedir a Dios también «la gracia de la conversión del pensamiento».

Ha sido publicada la edición española de las homilias del arzobispo Bergoglio

Palabras que hemos aprendido a conocer

FERNANDO PRADO AYUSO

Cinco años después del inicio de su pontificado, el mundo se sigue sorprendiendo del «genio de Bergoglio». El lector atento podrá descubrir en estas páginas la «mágica» sencillez con la que Bergoglio conecta con aquellos que le escuchan. Esta extraordinaria capacidad para conectar que vemos en el papa Francisco es, sin duda, resultado y fruto maduro de una sabiduría y profundidad cultivadas, lentamente, en el diálogo sincero con Dios y con los hombres. Es lo propio de los grandes y auténticos líderes espirituales.

La edición española de esta obra recoge más de doscientas intervenciones públicas (homilias, discursos o mensajes) que el P. Jorge Mario Bergoglio dirigió a sus fieles de Buenos Aires en los casi quince años en que sirvió a dicha diócesis como arzobispo (1999-2013). No todas son palabras desconocidas. Desde que el propio cardenal Bergoglio confiara la edición de sus homilias y de sus escritos a su amigo «el Gordo» (P. Gustavo Larrazabal, CMF) —director entonces de la Editorial Claretiana de Buenos Aires—, muchas de estas intervenciones se han dado a conocer de múltiples formas, aunque de una forma tal vez dispersa, o en obras de carácter más temático.

Aparecen ahora editadas juntas en esta importante obra en castellano, realizada esta vez por la editorial claretiana de Madrid.

Hemos añadido a la edición española algún escrito más que no aparecía en el compendio original en italiano (Rizzoli). Alguna homilía transcrita por nuestro equipo, o algún discurso del cardenal Bergoglio a los educadores —que habían aparecido en algunas de nuestras publicaciones anteriores— nos parecía que no podían faltar. Finalmente, nos ha parecido útil añadir una numeración a los textos, de manera que pueda permitir, más allá de la paginación, una agrupación o búsqueda interna de los diferentes mensajes o discursos.

Francisco se muestra seguidor y maestro en la práctica de aquello consigna que otrora diera Pablo VI en la exhortación *Evangelii nuntiandi* sobre cómo la homilía había de ser «sencilla, clara, directa y acomodada» (EN, 40). En sus discursos y homilias de Buenos Aires se puede apreciar cómo Bergoglio utilizaba magistralmente los recursos de la retórica oral, con sus insistencias, repeticiones, uso de las imágenes y términos populares, así como el uso de diversos registros léxicos para adaptarse a los diferentes tipos de oyentes. Bergoglio aborda en sus pronunciamientos públicos los problemas de la vida cotidiana de su pueblo. Lo hace sin rehuirlos, con ese estilo cercano tan característico del pastor.

En estas páginas, podemos ver cómo Bergoglio se adentra en las grandes cuestiones: la crisis económica, las divisiones políticas, la corrupción, la pobreza, el desempleo... preocupado siempre por las personas concretas: los ancianos, los niños, los jóvenes, los pobres. Pero también preocupado por los líderes, por los políticos, por los educadores y también por los comunicadores. Bergoglio siempre habla desde un «nosotros» inclusivo, sintiéndose parte



El arzobispo Bergoglio durante uno de los numerosos bautismos celebrados en Buenos Aires

Una colección nueva

Acaba de salir el libro que lleva por título: *En tu ojos está mi palabra* (Madrid, Publicaciones Claretianas, 2018, 1168 páginas, 52 euros), edición española de la colección, introducida y coordinada en 2016 por Antonio Spadaro, de las homilias y de los discursos del arzobispo Jorge Mario Bergoglio pronunciados en Buenos Aires desde 1999 al 2013. La primera copia fue entregada por adelantado al Papa Francisco durante un encuentro privado el 14 de enero por el padre Fernando Prado Ayuso, director de las Publicaciones Claretianas, y por el director de la Civiltà Cattolica. *En tu ojos está mi palabra* fue presentado el 27 de febrero en Madrid por el arzobispo, cardenal Carlos Osoro Sierra y por Antonio Spadaro. Moderó el encuentro Fernando Prado Ayuso, autor de un prefacio en la edición española, de la que publicamos amplios extractos.

de lo que sucede. Consciente de que la Palabra de Dios resonará en el pueblo con todo su esplendor «si antes resonó así en el corazón del propio pastor», Bergoglio recurre constantemente a la Escritura para ilustrar sus homilias y discursos. También recurre al Magisterio de la Iglesia y al de sus antecesores.

En sus escritos y discursos de Buenos Aires aparecen palabras y términos que hoy, después de cinco años de pontificado, se van haciendo comunes en nosotros. Son términos muy propios de Bergoglio, que describen la realidad social y que se refieren también al ámbito religioso.

Detrás de las palabras, evidentemente, están las ideas a las que las palabras apuntan. Muchas de las expresiones, ideas y términos que oímos hoy de boca de Francisco estaban ya en el Bergoglio pastor de Buenos Aires. Otras quizá todavía no han aparecido. Quisiéramos destacar también la importancia de la herencia ignaciana y el peso específico que tiene en Bergoglio su ser jesuita. Muchas de estas palabras, que vienen de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, o del patrimonio de la espiritualidad ignaciana, hoy son ya parte del acervo común de la Iglesia.

«La misa no se paga» porque «la redención es gratuita». Lo recordó el Papa Francisco en la Audiencia general del miércoles 7 de marzo. Con los fieles reunidos en el Aula Pablo VI el Pontífice prosiguió el ciclo de catequesis dedicadas a la misa, deteniéndose en particular en la Oración eucarística.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos las catequesis sobre la santa misa y con esta catequesis nos detenemos en la Oración eucarística. Concluido el rito de la presentación del pan y del vino, inicia la Oración eucarística, que cualifica la celebración de la misa y constituye el momento central, encaminado a la santa Comunión. Corresponde a lo que Jesús mismo hizo, a la mesa con los apóstoles en el Última Cena, cuando «dio gracias» sobre el pan y después el cáliz de vino (cf. *Mateo* 26, 27; *Marcos* 14, 23; *Lucas*, 22, 17-19; *1 Corintios* 11, 24): su acción de gracias revive en cada eucaristía nuestra, asociándose a su sacrificio de salvación. Y en esta solemne oración —la Oración eucarística es solemne— la Iglesia expresa lo que esta cumple cuando celebra la eucaristía y el motivo por el que la celebra, o sea, hacer comunión con Cristo realmente presente en el pan y en el vino consagrados. Después de haber invitado al pueblo a levantar los corazones al Señor y darle gracias, el sacerdote pronuncia la Oración en voz alta, en nombre de todos los presentes, dirigiéndose al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. «El sentido de esta oración es que toda la asamblea de los fieles se una con Cristo en la confesión de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio» (*Instrucción General del Misal Romano*, 78). Y para unirse debe entender. Por esto, la Iglesia ha querido celebrar la misa en la lengua que la gente entiende, para que cada uno pueda unirse a esta alabanza y a esta gran oración con el sacerdote. En verdad, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1367).

En el Misal hay varias fórmulas de Oración eucarística, todas constituidas por elementos característicos, que quisiera ahora recordar (cf. *IGMR*, 79; *CIC*, 1352-1354). Todas son bellísimas. En primer lugar está el Prefacio, que es una acción de gracias por los dones de Dios, en particular por el envío de su Hijo como Salvador. El Prefacio se concluye con la aclamación del «Santo», normalmente cantada. Es bonito cantar el «Santo»: «Santo, Santo, Santo el Señor». Es bonito cantarlo. Toda la asamblea une la propia voz a la de los ángeles y los santos para alabar y glorificar a Dios.

Después está la invocación del Espíritu para que con su poder consagre el pan y el vino. Invocamos al Espíritu para que venga y en el pan y el vino esté Jesús. La acción del Espíritu Santo y la eficacia de las mismas palabras de Cristo pronunciadas por el sacerdote, hacen realmente presente, bajo las especies del pan y del vino, su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para todas (cf. *CIC*, 1375). Jesús en esto ha sido clarísimo. Hemos escuchado cómo san Pablo al



La salvación no se paga

El Papa recuerda la gratuidad de la redención

principio cuenta las palabras de Jesús: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre». «Esta es mi sangre, este es mi cuerpo». Es Jesús mismo quien dijo esto. Nosotros no tenemos que tener pensamientos extraños: «Pero, cómo una cosa que...». Es el cuerpo de Jesús; ¡es así! La fe: nos ayuda la fe; con un acto de fe creemos que es el cuerpo y la sangre de Jesús. Es el «misterio de la fe», como nosotros decimos después de la consagración. El sacerdote dice: «Misterio de la fe» y nosotros respondemos con una aclamación. Celebrando el memorial de la muerte y resurrección del Señor, en la espera de su regreso glorioso, la Iglesia ofrece al Padre el sacrificio que reconcilia cielo y tierra: ofrece el sacrificio pascual de Cristo ofreciéndose con Él y pidiendo, en virtud del Espíritu Santo, de convertirse «en Cristo, un solo cuerpo y un solo espíritu» (*Oración Eucarística III*; cf. *Sacrosanctum Concilium*, 48; *IGMR*, 79f). La Iglesia quiere unirse a Cristo y convertirse con el Señor en un solo cuerpo y un solo espíritu. Y esta es la gracia y el fruto de la Comunión sacramental: nos nutrimos del Cuerpo de Cristo para convertirnos, nosotros que lo comemos, en su Cuerpo viviente hoy en el mundo. Misterio de comunión es esto, la Iglesia se une a la ofrenda de Cristo y a su intercesión y en esta luz, «en las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante [...] como Cristo que extendió los brazos

sobre la cruz, por él, con él y en él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres» (*CIC*, 1368). La Iglesia que ora, que reza. Es bonito pensar que la Iglesia ora, reza. Hay un pasaje en el Libro de los Hechos de los Apóstoles; cuando Pedro estaba en la cárcel, la comunidad cristiana dice: «Rezaba incesantemente por Él». La Iglesia que reza, la Iglesia orante. Y cuando nosotros vamos a misa es para hacer esto: hacer Iglesia orante.

La Oración eucarística pide a Dios reunir a todos sus hijos en la perfección del amor, en unión con el Papa y el obispo, mencionados por su nombre, signo de que celebramos en comunión con la Iglesia universal y con la Iglesia particular. La súplica, como la ofrenda, es presentada a Dios por todos los miembros de la Iglesia, vivos y difuntos, en espera de la beata esperanza para compartir la herencia eterna del cielo, con la Virgen María (cf. *CIC*, 1369-1371). Nada ni nadie es olvidado en la Oración eucarística, sino que cada cosa es reconducida a Dios, como recuerda la doxología que la concluye. Nadie es olvidado. Y si tengo alguna persona, parientes, amigos, que están en necesidad o han pasado de este mundo al otro, puedo nominarlos en ese momento, interiormente y en silencio o hacer escribir que el nombre sea dicho. «Padre, ¿cuánto debo pagar para que mi nombre se diga ahí?» —«Nada». ¿Entendido esto? ¡Nada! La misa no se paga. La misa es el sacrificio de Cristo, que es

gratuito. La redención es gratuita. Si tú quieres hacer una ofrenda, hazla, pero no se paga. Esto es importante entenderlo. Esta fórmula codificada de oración, tal vez podemos sentirla un poco lejana —es cierto, es una fórmula antigua— pero, si comprendemos bien el significado, entonces seguramente participaremos mejor. Esta, de hecho, expresa todo lo que cumplimos en la celebración eucarística; y además nos enseña a cultivar tres actitudes que no deberían nunca faltar en los discípulos de Jesús. Las tres actitudes: primera, aprender a «dar gracias, siempre y en cada lugar» y no solo en ciertas ocasiones, cuando todo va bien; segunda, hacer de nuestra vida un don de amor, libre y gratuito; tercera, construir una concreta comunión, en la Iglesia y con todos. Por lo tanto, esta oración central de la misa nos educa, poco a poco, en hacer de toda nuestra vida una «eucaristía», es decir, una acción de gracias.

En vista de los Juegos Paralímpicos de invierno, del 9 al 18 de marzo en Pyeongchang, en Corea del Sur, Francisco deseó que el deporte contribuya a «construir puentes entre países en conflicto» y a «dar una válida contribución a perspectivas de paz entre los pueblos». La esperanza del Papa fue expresada durante los saludos dirigidos a los fieles al finalizar la catequesis.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica. Que el Señor nos conceda hacer de nuestra vida una «eucaristía», que sea acción de gracias, don de amor y de comunión. Muchas gracias. Dentro de dos días se abrirán los Juegos Paralímpicos en la ciudad de Pyeongchang, en Corea del Sur, que hospedó recientemente las Olimpiadas. Estas demostraron cómo el deporte puede tender puentes entre países en conflicto y dar una válida contribución a perspectivas de paz entre los pueblos. Los Juegos Paralímpicos, incluso más, certificar que a través del deporte se pueden superar las propias discapacidades. Los atletas y las atletas paralímpicos son para todos un ejemplo de coraje, de constancia, de tenacidad en el no dejarse vencer por los límites. El deporte parece así una gran escuela de inclusión, pero también de inspiración por la propia vida y de compromiso para transformar la sociedad. Dirijo mi saludo al Comité Paralímpico Internacional, a los atletas y a las atletas, a las autoridades y al pueblo coreano. Aseguro mi oración para que este evento pueda favorecer días de paz y de alegría para todos. El viernes próximo, en la Basílica de San Pedro, celebraré la liturgia penitencial por las 24 horas por el Señor. Espero que nuestras iglesias puedan permanecer abiertas durante largo tiempo para acoger a cuantos quieran prepararse para la Santa Pascua, celebrando el sacramento de la Reconciliación y experimentar de este modo la misericordia de Dios. Ahora, antes de saludaros, os daré la bendición, para vosotros, para vuestras familias, para todas las cosas que tenéis en el corazón. Pero antes recemos a la Virgen todos juntos. «Ave María» y bendición. Y rezad por mí, ¡no os olvidéis!